

FRANCISCO J. LEIRA CASTIÑEIRA

LOS NADIES DE LA GUERRA DE ESPAÑA



Akal / Anverso

Francisco J. Leira Castiñeira

Los Nadies de la Guerra de España



Sueñan los *Nadies de la Guerra de España* que algún día llueva de pronto el reconocimiento que merecen, pero ni en llovizna les cae del cielo. Por contra, la tormenta del olvido les sigue empapando. Por mucho que nos llamen, solo tienen por respuesta el silencio. Después de tres años de guerra y cuatro décadas de dictadura, no se cuestionaron los relatos de los grandes nombres, las inamovibles dicotomías y la eterna narración de las dos Españas fraticidas que se mataron a garrotazos. Más de cuarenta democráticos años después, y a pesar del esfuerzo de activistas e historiadores, los Nadies siguen sin ser alguien, y parece que para nuestra sociedad resulta más cómodo así: los Nadies valen menos que el consenso que los olvidó.

Leira Castiñeira, en la presente obra, devuelve a los Nadies al lugar que les corresponde en las páginas de la Historia. Dando voz a María y Urania, a Juan, a Francisco y Dorinda... el autor nos muestra una época con muchas más aristas de lo que los relatos dominantes nos han legado.

«Francisco Leira, inusual historiador, nos presenta un original libro en el que rescata a los Nadies de la Guerra Civil que pocas veces salen en los libros de Historia. Así los lectores podrán comprender cómo una sociedad puede llegar a la barbarie, pero, también, cómo evitarla».

SOLEDAD GALLEGODÍAZ

«A través de una historia panorámica, la presente obra abarca el haz de temas que estalló en la Guerra Civil. La

pasión está contenida; la emoción, si acaso, debemos ponerla nosotros». SUSO DE TORO

«Leira Castiñeira aporta una serena luz al grave conflicto político, social y moral que fue la Guerra Civil española. La delicada forma con que aborda las historias de estos Nadies constituye un magnífico ejemplo de cuál es el verdadero camino de la reconciliación: fomentar espacios públicos y privados capaces de asumir y proteger una memoria de lo sucedido tan compleja como desdichada».

ANNA CABALLÉ

Francisco J. Leira Castiñeira es doctor en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela, donde en la actualidad es contratado posdoctoral. Obtuvo el Premio Miguel Artola 2019, galardón de la Asociación de Historia Contemporánea y el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Asimismo, ha recibido el Premio en Ciencias Sociales Juana de Vega y una mención honorífica en el concurso de ensayo George Watt de la ALBA-VALB de Nueva York, ambos en 2012. En 2021 obtuvo un accésit en el Premio Javier Tusell de la Asociación de Historiadores del Presente. Ha sido visiting fellow en el University College Dublin.

Es autor de *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar* (2020), que va a ser traducido al gallego y al inglés, y editor (junto a Á. Alcalde y F. Chamberlin) de *The Crucible of Francoism: Combat, Violence, and Ideology in the Spanish Civil War*.

Realiza asimismo una importante labor de divulgación historiográfica en la web [\[memoriaehistoria.com\]](http://memoriaehistoria.com).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Francisco J. Leira Castiñeira, 2022

© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5321-7

LOS NADIES

Sueñan las pulgas con comprarse un perro y sueñan los nadies con salir de pobres, que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte, que llueva a cántaros la buena suerte; pero la buena suerte no llueve ayer, ni hoy, ni mañana, ni nunca, ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte, por mucho que los nadies la llamen y aunque les pique la mano izquierda, o se levanten con el pie derecho, o empiecen el año cambiando de escoba.

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.

Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:

Que no son, aunque sean.

Que no hablan idiomas, sino dialectos.

Que no hacen arte, sino artesanía.

Que no practican cultura, sino folklore.

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Eduardo Galeano, «Los nadies»

El libro de los abrazos (1989).

Dedicado a los Nadies,

que somos la mayoría.

Para que Caronte no nos

cruce a la orilla del olvido.

LOS NADIES, QUE CUESTAN MENOS QUE LA BALA QUE LOS MATA

Es habitual que surja el «síndrome del impostor» en algún momento de la escritura o publicación de cualquier texto. ¡Afortunados aquellos a los que no los acompaña esta maldición! Soy incapaz de superar el problema por mucho que mis maestros, colegas, compañeros o editor me digan que el escrito en cuestión es más que correcto. Cuando publiqué mi primer libro, de lo que pronto hará diez años, se me pasó por la cabeza comprar la exigua tirada y arrojarla a un contenedor de basura –de reciclaje de papel, ¡claro!–. Llegué a hacer cálculos de cuánto me costaría y hasta pensé en ir comprando mensualmente uno o dos ejemplares. Finalmente, no lo hice, no porque cambiase de opinión, sino porque no podía permitírmelo económicamente. Con el tiempo, comprendí que esas dudas formarían parte de mi profesión, si lo que quería era investigar.

Cuando escribes, te expones, y el resultado no solo depende de mi habilidad literaria, investigadora o divulgativa, sino de cómo vosotros, lectores, leéis lo que he escrito. Sois los verdaderos soberanos de las palabras escritas a continuación; si no me hago entender o doy pie a oscuridades y malinterpretaciones, es que he realizado mal mi trabajo. Por eso, me veo obligado a aclarar que posiblemente nunca he sentido tanta inseguridad como la que me invade ante las páginas que vienen a continuación.

Por este motivo, desde muy joven, antes de presentar un trabajo en el instituto o en la carrera universitaria, o ahora, al enviar un manuscrito a la editorial, le pido e, incluso, imploro a mi círculo de confianza que lea el texto para que dé su opinión –y crítica– sincera. Seguramente es algo que compartimos los que nos exponemos a escribir y publicar, desde ficción a lo que se conoce como *ciencias humanas* –en mi caso, la Historia–. El problema es que la Historia también es, en cierto modo, una narración con una pequeña dosis de «ficción» que depende del bagaje social, cultural y personal del autor. Esto no quiere decir que, tanto en este libro como en cualquiera de mis colegas, no se aplique un método analítico

histórico o que carezca de rigor. A pesar de haber consultado toda la documentación de archivo disponible, oficial y personal, una parte siempre será «ficción».

Quizá me haya sobrepasado con esta dosis de sinceridad. Para que no me critiquen en exceso mis colegas de profesión, es cierto que el término *ficción* puede resultar excesivo. Me explico: el pasado no existe, es siempre presente, y la línea que separa el recuerdo colectivo de la Historia como disciplina es excesivamente fina. Obviamente, no es algo que haya descubierto yo. Ha sido señalado, por ejemplo, por Pierre Vilar, entre otros. Sin embargo, sí que creo que estoy en la obligación de señalarlo ante el tipo de libro que tenéis entre manos. No quiero influiros con mi explicación de la Guerra Civil española, sino plantearos preguntas y haceros dudar sobre lo que conocéis sobre este pasado reciente y traumático. No quiero –y jamás lo voy a hacer– presentaros una verdad absoluta, sino una interpretación de unos acontecimientos que he reconstruido.

Creo que la Historia como disciplina, como ya dejé reflejado en *Soldados de Franco* (2020), es como la conocida parábola de los «sabios ciegos y el elefante». Como nunca he querido ser como esos sabios ciegos que discutían sobre un elefante –en mi caso, un acontecimiento histórico– que no habían visto, me someto, en ocasiones de manera excesiva, a una feroz autocrítica. Para aliviar mi síndrome del impostor y porque quiero que se entienda lo que escribo, mis primeros lectores son mis padres. Aunque poseen una gran cultura, no son historiadores, pero siempre me han aportado observaciones interesantes que he incorporado a los textos.

En el caso de este libro, uno de los capítulos lo leyó mi madre. Sorprendida, me dijo que le había gustado, pero que no parecía que fuese un texto histórico: no se acercaba a aquellos con los que ella estudió ni a los que se emplean para dar clase en los institutos en los que ella ha trabajado. Le asombraba que tratase de averiguar las motivaciones que tenía aquella persona que había vivido ochenta años antes que yo, que tratase de identificar sus posibles emociones y de comprender su contexto social y cultural. Le respondí, recogiendo las palabras de Vilar, que «comprender no es excusar y aclarar no es justificar»^[1]; sería siempre conveniente contemplar a los protagonistas de la Historia desde su faceta más humana, para tratar de entender y aclarar, sin mayor pretensión que

la de ver a otro ser humano sumido en sus propios problemas e intentando salir de ellos.

Simplemente, presento una interpretación de ese «elefante» que no he visto ni veré. Del mismo modo, mi situación personal, laboral y mi propia trayectoria vital siempre van a influir de algún modo en mi análisis y reconstrucción de una realidad que ya no es o no existe por completo. Esto no implica que el libro sea menos riguroso *científicamente*, sino que, como todos, presenta ciertas limitaciones con las que he tenido que lidiar al pretender reconstruir la vida de los Nadies, «que no tienen nombre, sino número».

Por eso, junto con mi editor, se nos ocurrió titular este ensayo *Los Nadies de la Guerra de España*, tomando prestado un texto –y su reivindicación– del maestro Eduardo Galeano. Sin pretender «pasarle a la historia el cepillo a contrapelo», como decía Walter Benjamin, lo que deseo es darle voz a los que no la han tenido a causa del «historicismo». Quiero remarcar que no solo dársela a los «oprimidos» o, utilizando el lenguaje de la propaganda, a los «vencidos» de la guerra; también quise dársela a los considerados como «vencedores», porque ya son muchos los años que otros han estado hablando en su nombre. No quiero, como sugería Benjamin al criticar el «progreso», «salvar el pasado», pero sí que empaticemos con él, con aquellos protagonistas al margen de la Historia[2]. El objetivo quizá sí sea demasiado ambicioso: que tengamos la posibilidad de detectar los *tics* autoritarios que amenazan la democracia y podamos evitar la inercia de repetirlos y perpetuarlos.

Las personas a las que pongo nombre, imagen y voz en este libro, aunque en otra época y en un contexto distinto, representan lo que hoy somos como seres humanos. Fueron individuos con miedos, preocupaciones y contradicciones por los que hemos podido pasar cualquiera de nosotros, con independencia de ideologías, cultura o clase social. Por eso, me gustaría que sostuviérais este libro sin prejuicios y empatizarais con los protagonistas. Que quisierais «comprender» para, así, entender el camino que eligieron otros muchos Nadies que no he podido incluir. Finalmente, trataremos de averiguar juntos algunos de los porqués del devenir de la Historia de España. Por eso, al contrario que en otros ensayos, no habrá conclusiones, sino preguntas que tienen diversas repuestas y que deben fomentar el debate social.

Para ello, es conveniente tener en cuenta que, en ocasiones, los seres humanos, aunque racionales, no somos responsables de nuestro inconsciente. Por eso, es necesario introducir en el análisis histórico una suerte de psicoanálisis de las determinaciones que tomaron los individuos. Del mismo modo, como afirma Maurice Halbwachs, la memoria debe ser tenida en cuenta porque construye creencias colectivas que influyen en la elaboración de relatos del pasado. Sin embargo, siguiendo la propuesta de Antonio Cazorla, se propone sustituir el ambiguo concepto de memoria –histórica y colectiva– por el de Historia Pública, un espacio de debate en el que tienen «voz» los historiadores, la sociedad civil y el Estado. En ella, desempeña un papel fundamental lo que se conoce como memoria individual, que se cambiaría por «recuerdo», que siempre es colectivo debido a que se realiza dentro de un marco social y se modula a través de la interacción con él. Esta Historia de una parte de los Nadies de la Guerra Civil, de una parte de nuestro pasado reciente, se ha realizado dentro de esa Historia Pública de la que debemos ser partícipes toda la ciudadanía. Como dice Antonio Cazorla, la Historia Pública «no quiere decir que haya que forzar a nadie a tragarse historia, sino que hay que buscar vías imaginativas para ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de aprenderla». Este libro es una propuesta no solo para que la aprendan, sino para que participen en el proceso de construcción del relato histórico, ya que todos los capítulos se realizaron con documentación personal o cedida por familiares[3].

Quiero dejar claro que no tenéis entre las manos un libro de Historia. Me refiero a que no es una Historia de España o, en concreto, de la Guerra Civil o el franquismo. Tampoco es un libro que trate de resumir «los supuestos aspectos más importantes» del conflicto y mucho menos un manual. Todos esos tratados tienen una pulsión que los une: la frialdad y la enorme distancia con la que se relata lo sucedido, como si solo incumbiese a un puñado de actores –casi siempre, hombres con poder y nombre propio– el devenir de lo sucedido. Esos otros, los Nadies, «que no son seres humanos», han tenido y tienen sentimientos o pensamientos incoherentes que entran en conflicto con lo que hacen –solo a nuestros ojos, que no a los de ellos–. Son personas que deben ser incorporadas a la narración del historiador más que elementos inanimados que acompañan de fondo el gran relato. Por lo tanto, acercarnos a ellos desde la periferia

nos abrirá un universo nuevo, más complejo, distinto, inexplicable en su totalidad, pero fundamental para aproximarnos a lo que sucedió.

No es mi pretensión reivindicar un modo de historiar que ya cultivan muchos otros colegas. No se trata de un trabajo biográfico, ni de microhistoria, ni historia local, ni una crónica, ni tampoco una «nueva» tendencia historiográfica –que, por otro lado, lo «novedoso» siempre termina convirtiéndose en «viejo»–. Reconozco que me nutrí de todas las novedades historiográficas realizadas hasta el momento para construir varios relatos que pudieran acercarnos a aquellos terribles años de violencia, confrontación, lucha, reivindicación, incertidumbre, cambio y miedo.

Desde que salió publicado *Soldados de Franco* y saqué adelante un proyecto personal, *memoriaehistoria.com*, recibí correos electrónicos de personas que me preguntaban cómo podían averiguar dónde había muerto su padre, dónde encontrar documentación sobre su abuelo, cómo saber en qué batallón estaba integrado su tío o en los que, simplemente, me enviaban fotografías de sus familiares. Era, si no la prueba, sí la muestra de que la sociedad manifiesta un interés por el pasado, por la Historia como disciplina. Queremos recordar lo que les ha ocurrido a nuestros antepasados cuando tenemos oportunidad y que no les engulla el olvido cuando no vivamos nosotros para recordarlos, pues es en nosotros en quienes reside la Historia Pública de todos los Nadies –que, al fin y al cabo, somos todos–. Por eso, aquella apreciación de mi madre tras la lectura de uno de los capítulos no era errónea del todo, sino que demostraba cómo al grueso de la sociedad llegó un tipo de Historia con el que no se sentían identificados. Está surgiendo en un sector de la sociedad una predisposición por mirar con otros ojos la Guerra Civil y el franquismo, ampliando el campo visual más allá de la propaganda y del relato político del que se está abusando actualmente.

La Historia la escribimos desde el presente y los historiadores somos hijos de nuestro tiempo. Por eso, es comprensible que hubiese un periodo en el que fuese necesario estudiar a los «grandes prohombres», partidos políticos, generales, instituciones o batallas. No voy a ser «adanista» y decir que soy yo quien comienza a estudiar a los Nadies de la Historia, a aquellos que han dejado poca documentación, que no salieron en la prensa, que no fueron protagonistas. Antes que yo, muchos otros se han

dedicado a hacer otras preguntas al pasado para obtener nuevas respuestas y, en ellas, el papel de los «que no son, aunque sean» es principal. Con el cambio generacional se empezó a estudiar el pasado de un modo distinto del que soy deudor. Afectó a toda la historiografía, también a los estudios de la guerra y el franquismo. Este cambio de paradigma historiográfico y social provocó que se pasase de analizar las instituciones o las batallas a las personas corrientes que las conformaban o que participaron en ellas.

Para explicar lo que ha ocurrido en la historiografía sobre el pasado reciente y sangriento, se puede usar, por un lado, el mito de la caverna de Platón y, por otro, la teoría del espejo de Lacan. El mito de la caverna, contenido en el libro VII de *La república*. Se basa en un grupo de prisioneros encadenados desde su infancia en una caverna. En el interior de esta, y a espaldas de los prisioneros, hay un fuego que proyectaba en la pared unas sombras que consideraban que era la realidad. Uno de ellos consigue escapar y decide avanzar en busca de la libertad. En un principio, el fuego lo ciega y, acostumbrado a la oscuridad de la caverna, casi retrocede y renuncia a su objetivo. Según Sócrates, este sería el primer estadio del conocimiento de los seres humanos. En la historiografía sucedió algo similar. El historicismo imperante en el siglo XIX, que, en cierto modo, legitimaba los Estados-nación, fue poco a poco cambiando gracias a una gran cantidad de historiadores que pudieron escapar de sus grilletes, en este caso, en forma de convencionalismos sociales y políticos, y comenzar a escribir otro tipo de Historia.

Sócrates explica cómo, al final, el recluso decide salir de la caverna y explorar por sí mismo la realidad, ya no mediatizada por los grilletes y el fuego. En un principio, como no estaba habituado a la luz exterior, tan solo podía ver sombras que se movían, pero ya eran distintas a las que veía dentro. Finalmente, es capaz de ver lo que hay a su alrededor de una manera más nítida, pero hay que tener en cuenta que estaba influido por su experiencia y por la perspectiva con la que ve las cosas. Para el filósofo griego, esta sería una segunda etapa de la creación del conocimiento. Siguiendo el símil, sería ese el proceso por el cual el conocimiento histórico adquiere un método y, progresivamente, comienza a preocuparse por otras cuestiones. Al carecer de esos grilletes, los historiadores también se liberan del papel que desarrollaron como agentes legitimadores de

proyectos políticos.

Sin embargo, el mito continúa. El preso liberado, convencido de haber contemplado la realidad tangible e intangible, cuando solo conoce lo que él ha podido ver y experimentar, vuelve a la caverna. Al regresar, la oscuridad y el fuego le molestan, y es incapaz de ver nada. Sus antiguos compañeros de presidio, al ver lo que le ha causado salir de allí, no solo se niegan a ir afuera, sino que no se creen lo que les cuenta, hasta el punto, según Sócrates, de que estarían dispuestos a matarlo para impedir que los llevase al exterior. Esta última parte es lo que debemos evitar. Tenemos que ser valientes a la hora de hacer preguntas al pasado, aun siendo conscientes de que no podremos responderlas, porque en ellas hay conocimiento sobre lo que fuimos. Además, tampoco debemos caer en el error que cometió el preso y creer que lo que hemos *visto* es la realidad, porque tan solo es una parte de un fresco más amplio, complejo y cambiante.

Por otra parte, Lacan afirmaba que si un ser viviente era capaz de reconocerse al mirarse en el espejo, era que tenía conciencia. Debemos salir de la caverna y atrevernos a mirarnos en el espejo del pasado desde el rigor metodológico; tenemos que aceptar lo que vemos proyectado de nosotros como sociedad, aunque nuestro propio reflejo nos resulte incómodo. Por eso, reivindico que debemos preguntar, buscar nuevas fuentes y dudar de todo. No debemos –ni podemos– ocultar nuestra Historia ni esconder lo que nos revela el espejo. La Guerra Civil y el franquismo deberían avergonzarnos como sociedad, pero eso no es motivo para ocultarlos, más bien todo lo contrario. Debemos mostrar lo que consideramos que ha sucedido, sin anteojetas políticas y politizadas.

Como los historiadores formamos parte de la sociedad civil, somos un prisionero más en la caverna. Debemos hacer lo posible para explicar la parte de la realidad que podemos relatar del pasado y, tras vernos en ese espejo, explicárselo a la sociedad, pero no como verdad revelada, sino como elementos de debate. Debemos quitarnos los grilletes y romper con los condicionamientos y categorías heredadas en torno a la Guerra Civil y el franquismo. Considero que es el modo más apropiado de que la Historia como disciplina tenga esa función social que deseamos. Debemos hacerlo desde y para la sociedad civil, con honestidad, precisión y sin maquillaje.

La existencia de esos prejuicios y categorías proviene nada menos que de la dictadura. De alguna manera, la democracia, al no cuestionarlos, los ha perpetuado, transformándose en cómplice de la traición a aquellas vidas dañadas o apagadas por la guerra, porque las sociedades no encajan con categorías predeterminadas y, en ocasiones, proceden de la propaganda que utilizan los actores políticos en la actualidad. De ahí sale la decisión de mirarnos al espejo, reconocernos, cuestionarse los tabúes, los prejuicios y las categorías o, al menos, intentarlo, y, así, acercarnos a comprender y a hacer comprensible ese *elefante* que es el pasado.

Se debe poner en duda la idea de las dos Españas condenadas a enfrentarse. A lo largo de la construcción del nacionalismo español, hubo dos grandes corrientes de pensamiento, aunque no se debe obviar que surgieron muchas más formas de entender el Estado. Esta división dual, incluso tripartita con el surgimiento de la Tercera España, no se puede aplicar a la sociedad civil de los años treinta –ni a ninguna!–. La pluralidad política, social y cultural nunca ha sido de rojos y azules, como demuestran los resultados a las elecciones de la Segunda República. Nada tenían que ver entre sí el Partido Republicano Radical Socialista (PRRS) de Alejandro Lerroux con la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) de Gil Robles o con Acción Española de Calvo Sotelo. Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS) ni siquiera tuvieron representación parlamentaria en 1936. Lo mismo ocurre con Izquierda Republicana (IR), los partidos nacionalistas, los agraristas, el anarquismo, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o la exigua representación del Partido Comunista de España (PCE).

¿Existían pulsiones culturales que los unían? Por supuesto. ¿Hubo un Frente Popular (FP) y un Bloque Nacional? También. Pero el discurso político no es comprendido del mismo modo por todos los ciudadanos. Es cierto que la década de los treinta provocó un proceso de homogeneización y radicalización de los discursos políticos que los acercó al fascismo transnacional y al comunismo internacionalista. Sin embargo, este análisis, aunque cierto, no se puede aplicar a los individuos, que perciben los discursos de un modo distinto, que persiguen objetivos diferentes, que sufren por preocupaciones dispares y cuyo universo social, aunque influenciado por la alta política, permanece, en parte, separado de

ella. Esa codificación es diversa y depende de varios factores culturales, familiares, generacionales, laborales, sociales y residenciales, así como de otros muchos que nunca seremos capaces de conocer.

De este modo, se quiere resaltar que no hay una excepcionalidad española. La guerra y sus violentas consecuencias fueron evitables. En esta línea, la propuesta de una Tercera España defendida en la actualidad por muchos intelectuales, según los escritos de autores que se posicionaron en contra los dos bandos en la guerra, como Manuel Chaves Nogales, Juan Ramón Jiménez, Segundo Serrano Poncela o Miguel de Unamuno es interesado. Detrás se esconde un posicionamiento en favor del liberalismo político que, actualmente, es utilizado para defender la Transición, que cristalizó en un obligado pacto de silencio que terminó en olvido forzoso y, con él, en una inmunidad –¿o impunidad?– para el pasado y sus verdugos[4].

Por eso, la guerra no es el corolario de las guerras carlistas, la dictadura de Primo de Rivera, el golpe de Estado de 1932, la Revolución de Octubre de 1934 o la violencia política de la mal llamada *Primavera Sangrienta*. Nada de esto es extemporáneo a su tiempo, a pesar de los esfuerzos del revisionismo histórico para buscar culpables en acontecimientos anteriores al 17 de julio de 1936, cuando el Ejército acantonado en Marruecos se sublevó contra la Segunda República. No voy a negar que hubo violencia en las calles, grupos paramilitares de izquierda y derecha, asesinatos y atentados, pero no fueron auspiciados por ningún Gobierno. Como otros investigadores antes que yo han demostrado, en toda Europa existió el fenómeno paramilitar, incluso con más virulencia y presencia que en España[5]. En Francia o en el Reino Unido se produjeron escenarios de violencia en las calles de la misma magnitud que en España y no terminaron con una Guerra Civil y una dictadura de cuarenta años[6].

Para salir de los prejuicios y categorías heredadas, este libro recoge historias de personas corrientes. Algunas son más conocidas que otras, e incluso les dedicaron libros o calles. A través del escueto rastro que han dejado su vida y su muerte, quiero explicar el universo sociopolítico y cultural en el que han vivido. Asimismo, realizo una interpretación sobre sus posibles emociones y pensamientos volcados en memorias escritas, cartas, documentos oficiales y en recuerdo vivo que aún perdura de ellos.

Con ello, solo pretendo trasladaros lo que pudo suponer vivir aquel periodo, aunque queden numerosas sombras por conocer. No pretendo que, al terminar el libro, hayáis aprendido el contenido de la «ley Azaña», cómo se produjo el golpe de Estado, cómo se perpetró la represión sociopolítica o se desarrollaron las batallas militares. Los individuos, simplemente, son la excusa para haceros llegar una interpretación – reitero – basada en el rigor histórico de lo que creo que aconteció.

De ahí la importancia del contacto entre historiadores y sociedad civil para plantear otras preguntas, usar otros métodos y recorrer otros caminos. Así, podremos hacer útil la Historia en la construcción de una sociedad con más derechos. Por eso, os aconsejo que, tanto en este ejemplar como en cualquier ensayo histórico que decidáis leer, dudéis, pues en la duda surgen preguntas que, a lo mejor, no tienen respuesta inmediata, pero que son fundamento para la construcción del saber.

En castellano existe cierta ambigüedad con la palabra «historia», pero en inglés se diferencian dos tipos, los cuentos o anécdotas, llamados *stories*, y la disciplina, *History*. Estáis ante un libro de *stories* de diversas personas que se han transformado en *History*. Con ellas pretendí acercarme, observar y haceros partícipes de mi mirada al «espejo» del pasado, para tratar de explicar aspectos que afectaron de algún modo a cada uno de los protagonistas. Siendo justo, esto no podría conseguirlo sin la generosidad, el cuidado y el respeto de muchas familias, y sin proyectos de investigación y cronistas locales –la mayor parte de las veces, tratados con desdén desde la academia– que se preocuparon por conservar una lógica de Historia Pública. Al acercarnos a sus vidas, desde la distancia ya citada, comprobaréis que el pasado es más bonito, porque es más diverso de lo que creemos y de lo que nos han hecho creer.

Obviamente, no voy a negar que la Segunda República se proclamó el 14 de abril de 1931 ni que la Guerra Civil terminó con el Parte de la Victoria del 1 de abril de 1939. Tampoco que la contienda comenzó el 18 de julio de 1936 como consecuencia de un golpe de Estado ejecutado por un sector *fascistizado* del Ejército y una parte de la sociedad. Tampoco que se impuso una dictadura que fue capaz de adaptarse a las circunstancias históricas para sobrevivir hasta la muerte del dictador *en su cama*.

Pero la Historia, y reitero que no es invención mía, no solo es política. Los Nadies que aquí se presentan demuestran que la guerra y sus

consecuencias, que no el enfrentamiento ni el odio, continuaron en su memoria e, incluso, fueron legados a sus descendientes, con independencia de la ideología, clase social o cultura. Por lo tanto, la Guerra Civil, que no el *guerracivilismo* que abanderan algunos partidos políticos, ha terminado, pero continúa presente en la memoria colectiva y nos influye en la forma en la que nos constituimos como sociedad.

Necesitamos mirarnos en el espejo para reconocernos y aceptarnos, algo fundamental para construir un futuro democrático empático y considerado con otras posturas. No podemos dejar que caigan en saco roto todas estas historias y permitir que se conviertan en meras calles, plazas o estatuas vacías de contenido y significado con el paso de los años y que, como decía Javier Krahe, solo «sirvan de adorno bajo un bloque de granito». Tampoco debemos consentir que sus pertenencias se pudran en olvidadas cajas en trasteros y desvanes. Pero, si para algo debe servir la Historia Pública, es para ser más críticos con los gobernantes y proyectar un futuro democrático en el que no tenga cabida cualquier pensamiento que no defienda los derechos humanos.

Del mismo modo que con la lectura de este libro se puede percibir que la Guerra Civil continúa presente, tampoco se puede explicar sin ella lo que ocurrió décadas antes. Es útil para intentar averiguar algunos comportamientos que se produjeron en la sociedad y para comprender la evolución política y cultural del contexto en el que tuvo lugar un golpe de Estado. Hubo otros con anterioridad, pero fue este el que desencadenó la ola de violencia más grande de la Historia de España. Por eso algunos capítulos comienzan tiempo atrás, a veces hasta 1920, en las campañas de Marruecos, en los episodios del siglo XIX o en el intercambio cultural que afectó a la forma de hacer política. La repercusión internacional, la movilización de un Ejército de masas, el terror organizado, la persecución a militantes políticos o los campos de concentración eran impensables diez años antes.

Creo que es conveniente que, como lectores, comprendáis que el libro ha ido adquiriendo forma a medida que avanzaba. Obviamente, solo pude recoger algunos ejemplos que me parecieron significativos. En cuanto a la organización, he de decir que, como una sociedad no está dividida temática o cronológicamente, los capítulos no atienden tampoco a esa lógica. También, debo añadir una explicación en torno a la metodología y

las fuentes. En todos los capítulos hay fuentes de carácter personal, como cartas, memorias escritas años más tarde o entrevistas. Obviamente, como toda documentación, debe ser tratada con sumo cuidado, por eso no me atrevo a afirmar que en estas páginas presento una realidad histórica. Es cierto que todo está contrastado con otras fuentes primarias o con los trabajos que previamente han realizado algunos de mis colegas. En este sentido, todo lo que aquí se presenta se hace a modo de muestra, sin dar nada por cerrado y advirtiendo de que, del mismo modo que el «pasado no existe», las fuentes históricas nunca dicen toda la «verdad». Las fotografías no tienen una pretensión decorativa, sino humanizadora, para que conozcáis el rostro de quienes son ahora protagonistas, pero sin olvidar que representan a muchos otros. Mi objetivo es que os haga reflexionar, que tengáis más preguntas que certezas tras su lectura. Que, como me pasó a mí al escribirlo, sepáis algo más sin tener que saberlo todo.

Los Nadies de la Guerra de España no es una Historia de la Guerra Civil, aunque hay Historia. Naturalmente, no es una novela, aunque haya relatos basados en construcciones propias. Es más humilde, pero también más ambicioso –que no pretencioso–, aunque sus objetivos se escapen a mis posibilidades como historiador. Quise convertir en *History* aquellas *stories*, mostraros aquellos sentimientos encontrados, difíciles de explicar, ese miedo, esa incertidumbre y ese desconsuelo que unos políticos e intelectuales quisieron y quieren silenciar, pero cuya existencia es fundamental admitir para que construyamos un futuro verdaderamente democrático. El pasado no existe, nunca he visto aquel «elefante» y, aunque lo intente, siempre estaré atado, simbólicamente, en la caverna. Sin embargo, solo quiero que esos «Nadies, que valen menos que la bala que los mató» tengan unas líneas en las que sus herederos, que somos todos, podamos vernos reflejados. Con todas nuestras miserias, pero también con todas nuestras virtudes.

Francisco J. Leira Castiñeira
Santiago de Compostela, 19 de septiembre de 2022

[1] Villar (2004: 73).

[2] Un libro que recoge las tesis de Walter Benjamin es el publicado en 2021.

[3] Véase Cazorla (2018: 19-43) y Antonio Cazorla, «Después de la Memoria», *eldiario.es*, 23 de julio de 2022.

[4] Fernández Prieto, Míguez y Vilavedra (2020) y Míguez (2014).

[5] Gerwarth y Horne (2012).

[6] Cruz (2006) y, desde el punto de vista cuantitativo, González Calleja (2015).

AGRADECIMIENTOS

La escritura de cualquier libro es una aventura que siempre se realiza acompañado. Aunque en la cubierta solo aparezca mi nombre, a mi lado estuvo mucha gente que soportó mis cambios de humor, mi nerviosismo o mis inseguridades. Todos los que pasaron por mi vida influyeron en mi forma de ver el mundo y, por ende, en mi manera de historiar. Aunque sea de una manera remota, mi experiencia como individuo en una comunidad con unos convencionalismos sociales provocó que fuese construyendo lo que aquí se presenta. A todos los que no nombre a continuación, les pido disculpas, pues, por pequeño que pudiera ser el contacto –incluso negativo–, gracias a ellos me he convertido en lo que soy.

Para empezar, me gustaría agradecer al Grupo de Investigación «Histagra» de la Universidade de Santiago de Compostela las facilidades que me dieron para llevar a cabo mis trabajos. En concreto, a Lourenzo Fernández Prieto, que en su día fue mi director de tesis y sigue enseñándome muchas más cosas que Historia. También a la Xunta de Galicia por el contrato posdoctoral que disfruto en la actualidad, sin el cual me habría sido imposible realizar esta y otras investigaciones. Por extensión, a Robert Gerwarth y a la University College Dublin por la estancia en su Centre of War Studies.

A mi mentor, Andrés Domínguez Almansa, por enseñarme a pensar. A todos los colegas que leyeron o me ayudaron a mejorar este libro, como Nerea Aresti, Gonzalo Berger, Enrique Berzal, Raúl Carstocea, Ferrán Gallego, Eduardo Higueras, Daniel Macías, Pilar Mera, José Ramón Rodríguez Lago u Óscar Rodríguez Barreira. También, a Patricia Martínez por su trabajo. Debo añadir a aquellos con los que he colaborado y de los que he aprendido desde mi último libro. Además, a quienes me sirvieron de consejo y apoyo, como Antonio Cazorla, Justo Beramendi, Pilar Mera o Israel Sanmartín. Debo dedicar un agradecimiento conjunto a todos los que participaron de alguna manera en mi proyecto [\[memoriaehistoria.com\]](http://memoriaehistoria.com).

En la actualidad es raro encontrarse con un equipo como el de

Ediciones Akal. A Ramón Akal, a Jesús Espino y al resto de miembros que lo compone, gracias por todo el trabajo, gracias por confiar en mí. Pero, especialmente, me quiero detener en mi editor, Alejandro Rodríguez, con el que trabajé codo con codo este libro, que me aportó ideas, con el que me reuní casi semanalmente y que corrigió mi deficiente escritura. Como un editor «a la antigua», dedicó su tiempo –de trabajo y libre– y talento a moldear este libro que espero que esté a su altura. Además de mi editor, se ha convertido en un amigo. Gracias.

Este libro es más coral que cualquier otro que haya escrito, ya que ha participado la sociedad civil de una manera activa, cediendo documentación y compartiendo la historia de su familia. Por un lado, quiero agradecer a todos los investigadores que componían el Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces» por la excelente labor de recopilación de documentación personal que realizaron. También, al Museo Virtual de la Mujer Combatiente de Tània Balló y Gonzalo Berger, que lleva a cabo una labor única en Europa. Luego, a todos aquellos familiares que cedieron fotos, cartas y documentos, como Jesús Campelo, Pilar y María del Carmen Castiñeira, Helena Alonso Rillo, la Orden de la Frailes Menores de Santiago y a todas las personas que se preocuparon por conocer la historia de sus familiares y que me animaron a continuar con este libro. Ellos muestran que conociendo el pasado no se abren heridas, sino que se cierran, y eso engrandece nuestra dignidad social y democrática.

Por supuesto, a mis amigos, a quienes conozco desde que tengo uso de razón, que me soportan: sin su ayuda no habría llegado hasta aquí. Finalmente, no puedo olvidarme de mi familia. Mi hermana Antía, su compañero Donanfer y su hija Mar, a los que adoro, de los que aprendo y que me acompañan. A mi tío José, del que sigo más consejos de los que él se cree. A mi madre Mayte, apoyo y confidente. A mi padre Jorge, que me aconseja y enseña, lector y corrector incansable de todos mis escritos. A mi abuelo Antonio, que, allá donde esté, siempre ha estado, está y estará a mi lado.

I. QUERIDA HERMANA.

La guerra en la piel de dos hermanos: Francisco, soldado, y Dorinda Pérez Ponte, niña de la generación perdida

Viva España
Nules, 2 de noviembre de 1938
III Año Triunfal
Sr. Don Maximino Pérez Ponte
La Coruña

Querido hermano:

Recibí tu cariñosa carta de fecha del 27 del pasado mes, con gran alegría por ver que sigues bien, en compañía de nuestros queridísimos padres y hermana, yo sigo muy bien, gracias a Dios.

Por tu carta ya vi que tienes muchas ganas de comer y que le das mucho a mamá con el Guerrero, también sé que eres muy aplicado y que estudias mucho, te doy muchas gracias por los caramelos, sin más por hoy, dale muchos abrazos a queridos padres y hermana y a ti, recibe un fuerte abrazo, de todo corazón de este hermano que te quiere y lo soy,

Francisco Pérez Ponte[1].

Estas fueron las últimas noticias que la familia Pérez Ponte recibió de puño y letra de Francisco antes de embarcar en el buque *Castillo de Olite* y morir, el 13 de marzo de 1939, junto con casi otros 1.500 combatientes en las aguas que bañan Cartagena. Es, hasta la fecha, la mayor tragedia marítima española, y sobre la que aún existe un manto de desconocimiento y silencio. El franquismo quiso ocultar el estrepitoso fracaso de la operación militar, lo que provocó que nunca se supiese dónde descansan los restos mortales de muchos de los fallecidos.



Figura 1. Fotografía de Francisco Pérez Ponte vestido de militar tras su paso por la caja de recluta en 1936. AFCP.

Este es el caso de Francisco Pérez Ponte, un gallego que, tras el golpe de Estado y el comienzo de la Guerra Civil española, fue llamado para formar parte del Ejército sublevado. El legado que comenzaron sus padres lo recogió su hermana pequeña, Dorinda, y con él han continuado las hijas de esta. Su familia conservó las cartas y el gorro de plato que les entregaron cuando les notificaron su fallecimiento, así como toda la documentación oficial a la que tuvieron acceso.

Francisco mantuvo un intercambio epistolar constante con su hermana, que tan solo era una niña en 1936. La noticia de la muerte de su hermano supuso un trauma que nunca fue capaz de superar y que, de alguna manera, transmitió a sus descendientes. Por su culpa –o gracias a ello– se abrió una ventana a través de la que es posible mirar lo que aconteció a

buenas partes de aquella masa anónima de reclutas, así como ponerles nombre y cara. Dorinda no solo perdió a un ser querido, sino su juventud, como toda su generación, y tuvo que sobrevivir en una posguerra caracterizada por la miseria y el control dictatorial.

A través de sus vivencias, se explicarán diversos aspectos de la contienda civil: el reclutamiento, el día a día en el frente y en la retaguardia, y la vida de los niños que padecieron la contienda. Esto se hará con base en el intercambio epistolar y en los recuerdos que fue conservando su hermana tras la contienda. Tendrá un mayor protagonismo Francisco, pero, sin embargo, la historia de Dorinda representa la de muchas familias y niños que padecieron una guerra en la retaguardia que no alcanzaban a comprender, así como sufrir las penurias de la posguerra. Perdieron su juventud y sueños y, por si no fuera suficiente, tuvieron que conformarse con sobrevivir durante aquellos años.

Asimismo, se arrojará luz sobre lo sucedido en el desembarco fallido a Cartagena y lo acontecido con el buque *Castillo de Olite* y algunos de sus miembros. Finalmente, se mostrará cómo la Guerra Civil dejó una herida que perduró años e, incluso, se trasladó de generación en generación. Como otras familias en su mismo caso, los parientes de nuestro protagonista quisieron mantener vivo su recuerdo. Participaron en el asociacionismo promovido por el régimen para los supuestos vencedores, para compartir con otras personas su tristeza. Este asociacionismo tenía unas características particulares, pues se creó en un contexto dictatorial y en el que el partido único tenía el control absoluto de este tipo de organizaciones. Es una muestra de que, para cerrar las heridas, es necesario conocer y recordar, aunque, en ocasiones, sea tan solo un bálsamo que hace soportable lo insopportable.

LA BRECHA VITAL QUE ACOMPAÑÓ AL GOLPE DE ESTADO

Galicia fue uno de los territorios en los que triunfó el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, a pesar de la oposición del general de la VIII División Orgánica, Caridad Pita, del gobernador militar de A Coruña, el

general Salcedo Molinuevo, y del contralmirante Azalora, jefe del Arsenal Militar de Ferrol. A pesar de que ostentaban los principales puestos de poder del Ejército y de la Armada, fueron ejecutados por las nuevas fuerzas vivas. Tras comprobar el fracaso en otros territorios, comenzaron los primeros enfrentamientos militares. Durante aquellos días, se desconocía la duración que podría alcanzar la algarada, y el levantamiento dio paso a una guerra de columnas por el control de la capital, centro neurálgico del poder sociopolítico, y esta, a una «guerra total».

El levantamiento provocó la aprobación del primer decreto de movilización en territorio controlado por los sublevados, el 8 de agosto de 1936. Afectó a los individuos de cuota de excepción de los reemplazos de 1934, 1935 y 1936, que eran los que se encontraban en servicio activo^[2]. Fue aprobado por la Junta de Defensa Nacional (JDN), el primer organismo de poder del bando sublevado, establecido el 24 de julio de 1936, y que estuvo al mando de Miguel Cabanellas. Se aprobaron constantes decretos de movilización de reemplazos a lo largo de la guerra y se movilizaron un total de 13 quintas –desde la de 1928 hasta la de 1941–. La última en incorporarse a filas lo hizo en enero de 1939^[3].

Francisco pertenecía al cuarto trimestre del reemplazo de 1936. Había nacido el 4 de diciembre de 1915 en la parroquia de Meangos, en el lugar de Souto, perteneciente a la localidad coruñesa de Abegondo. En aquel tiempo, sus padres, Ángel Pérez Díaz y Josefa Ponte Doval, se trasladaron a A Coruña, a la calle Sinagoga de la Ciudad Vieja^[4]. Cuando cumplió los 18 años, tuvo que presentarse en su Ayuntamiento para confirmar que residía en la localidad, y así quedó incluido en el trimestre del reemplazo que correspondiese por su año y mes de nacimiento. Con el estallido de la Guerra Civil, se inició, por primera vez, el servicio militar obligatorio para todos los varones^[5]. Se suprimieron, *de facto*, cualquier tipo de excepciones mediante pago o la existencia de cuotas, métodos legales amparados por las distintas leyes de reclutamiento militar.

Su hermana Dorinda había nacido el 30 de noviembre de 1923, por lo que apenas tenía 12 años cuando comenzó la Guerra Civil. Fue una «niña de la guerra», que la sufrió en primera persona y, posteriormente, sus consecuencias, como la miseria, la lenta reconstrucción, la imposición de un arquetipo conservador de mujer y una larga dictadura. Poco podría saber ella de los motivos que estaban detrás del conflicto, pero, como a

toda su generación, le tocó padecerlos. Era la única niña de una familia de tres hermanos –a los que hay que sumar tres más que murieron en el parto o recién nacidos–. Como todas las mujeres en un contexto de guerra, con independencia de su edad, tuvo que asumir más responsabilidades de las que le corresponderían. Hubo de compaginar la ayuda en casa con sus estudios en una escuela de Saldaña, en la calle Panaderas de A Coruña, que, tras el control efectivo de la ciudad, pasó a manos de las nuevas fuerzas sublevadas. Ella pudo ir al colegio, donde destacaba como una buena alumna, sobre todo, en Geografía, en la que ganó varios premios.

En 1936, Francisco, a pesar de su edad, no se encontraba realizando el servicio militar. Sin embargo, lo movilizaron, en plena guerra, con el reemplazo de 1932. Era una práctica habitual adecuar y actualizar el censo de posibles reclutas en función de la situación en la que se encontraban –estudiando, en la emigración, con algún tipo de lesión temporal e, incluso, fugados–. En su caso, se pudo librar del sorteo organizado antes del golpe de Estado, ya que estaba estudiando. La guerra no le permitió continuar con sus estudios y tuvo que presentarse en la caja de recluta que se encontraba en su ciudad. Lo destinaron a la batería 19.^a del Regimiento de Artillería Ligera n.^o 16, con base en Ferrol.

El golpe de Estado truncó sus sueños de convertirse en perito mercantil. Era estudiante de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de A Coruña, un joven aplicado e inteligente, por lo que se deduce del informe redactado por el catedrático y secretario de la escuela, José Hueso Macías. En 1936, cuando tuvo que incorporarse al Ejército sublevado, ya contaba con todas las materias aprobadas. Tan solo le quedaban por realizar los conocidos como *ejercicios de reválida*, examen que debía hacer cuando hubiese superado el resto de las pruebas y que lo habilitaría para iniciar su carrera laboral[6].



Figura 2. Cartilla de estudiante de perito mercantil. AFCP.

La movilización se llevó a cabo bajo el paraguas legislativo de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, empleada por la Segunda República[7], con ciertos cambios, al hacerse con el control un organismo dirigido por la JDN. Posteriormente, cuando Franco consiguió el poder absoluto del bando sublevado, pasó a ser la Junta Técnica del Estado (JTE). Se aprobaba un decreto de movilización de uno o varios trimestres de cada reemplazo y los jóvenes afectados debían presentarse primero en su Ayuntamiento y, después, en la caja de recluta correspondiente. Fue un proceso que se hizo de manera escalonada, según las necesidades del contexto bélico. Los periodos en los que se aprobaron más decretos fueron en las principales campañas bélicas, como el Frente del Norte – fundamentalmente, en la primera mitad de 1937 – y en la preparación de las campañas de Aragón.

En el caso de Francisco Pérez, al vivir en A Coruña, que contaba con una caja de recluta, se presentó directamente en el Ayuntamiento. Como la guerra duró más de lo previsto, tuvieron que movilizar a personas que ya habían realizado el servicio militar, y los destinaban a la misma unidad

a la que habían pertenecido. Por el contrario, a los que se presentaban al servicio en activo por primera vez los destinaban al regimiento donde fuesen más útiles por formación y edad. La mayoría acabaron en Infantería, pues fue el cuerpo más numeroso; sin embargo, a Francisco lo enviaron a una batería de artillería ligera.

LA EXPERIENCIA BÉLICA EN EL FRENTE Y EN LA RETAGUARDIA

Desde el momento en el que fue movilizado, el intercambio epistolar con su hermana fue una constante. Se puede observar que, a pesar de los acontecimientos que estaba viviendo, las noticias que trasladaba a su casa versaban sobre aspectos triviales, con el claro objetivo de tranquilizar a su familia. Es una estrategia similar a la de los emigrados, que solían exagerar el «buen» trabajo y el nivel de vida. Realmente, es lo que hicieron todos los combatientes y enfermeras cuando fueron destinados al frente, para mitigar el desasosiego que podían producir en sus casas las noticias de la prensa.

La correspondencia fue el lazo de unión entre frente y retaguardia pues, aunque las cartas no comentasen nada en concreto, aliviaban la preocupación. En situaciones de extremo estrés, todo lo que guarda una persona, el miedo, el hambre o la supervivencia, lo proyecta hacia la protección de sus más allegados. A Francisco, lo que más lo unía con la retaguardia eran sus hermanos, sobre todo, la menor. Debieron de tener una relación especial, porque nunca dejó de acordarse de ella en los breves momentos de los que disponía para redactar unas líneas.

De igual modo sucedía a la inversa. La familia anhelaba ese contacto a través del único medio que existía en aquella época, con excepción de los telegramas. Por lo tanto, el conocimiento que sobre la contienda que tenían los familiares de los combatientes dependía del intercambio epistolar, factor catalizador para que este sector de la población, situado en el miedo y la preocupación, desease la victoria sublevada. No se afirma que se adhiriesen a la causa, sino que, dentro de una maraña de identidades e, incluso, de conflictos interiores, anhelasen esa victoria y,

con ella, el final de la contienda, con independencia de la ideología que tuviesen, porque implicaba la vuelta a casa de su ser querido[8].

La primera carta que envió fue en la zona de León, mientras se encontraba haciendo la instrucción. No había participado en ninguna batalla, por lo que lo embargaría cierto vértigo por el futuro que lo esperaba, a medio camino entre el temor a lo desconocido y la aventura:

Pardavé, 18 de enero de 1937
Dorinda y Maximiliano Pérez Ponte

Queridos hermanos:

Me alegro [de] que al recibir la presente vos encontréis bien de salud, pues yo estoy muy bien, gracias a Dios.

Querida hermana, enterado de cuanto me dices en tu atenta carta, de la enfermedad de la Sra. Consuelo, le das muchos recuerdos de mi parte y que se mejore. Es para mí una satisfacción muy grande, Dorindita, el recibir una carta tan bien redactada y tan cariñosa como es la que recibí tuya.

Sin más, recuerdo a los tíos, besos a Aurorita, a Maximinito y que estudie mucho, les das recuerdos a los de casa, a Sor María, muchos besos a Mamá y Papá, y tú, querida hermana, lo que más quieras de este tu hermano que te quiere y aprecia.

Firmado
Francisco Pérez Ponte[9].

Seguían en Pardavé, aún lejos de la línea del frente de batalla. Estaban en el proceso de instrucción. Las primeras normas de instrucción militar, establecidas el 11 agosto de 1936, especificaban que debían recibir dos tipos de instrucción: militar –táctica, tiro, posiciones de ataque– y aleccionadora –disciplina, carácter espiritual y pasado del divisionario, castigos de justicia militar–[10]. Así pues, al tiempo que aprendían táctica militar, se les advertía sobre las consecuencias de un comportamiento incorrecto.

El aprecio y la relación con su familia está presente en toda la misiva. Aún no había participado en ninguna batalla, por lo que el intercambio fue más frecuente que en otras etapas de la guerra. Con la anécdota que le narraba, quería trasladar a casa una imagen que no se adecuara a lo que pudieran estar leyendo en la prensa escrita o escuchando en la radio ni tampoco a la realidad que sufría él en aquel momento, aún de tranquilidad. La siguiente carta es similar: